

CASAL, JULIAN DEL (1863-1893)

SELECCIÓN

INDICE:

LA AGONIA DE PETRONIO
EL CAMINO DE DAMASCO
LA APARICIÓN
GALATEA
ELENA
VENUS ANADYOMENA
JUPITER Y EUROPA
HERCULES Y LAS ESTINFALIDES
PAX ANIMAE
NOSTALGIAS
TARDES DE LLUVIA
FLORES DE ETER
NIHILISMO
RONDELES
LA COLERA DEL INFANTE
LAS ALAMEDAS
DIA DE FIESTA
PAGINAS DE VIDA
VIRGEN TRISTE

LA AGONIA DE PETRONIO

A Francisco A. de Icaza.
Tendido en la bañera de alabastro
donde serpea el purpurino rastro
de la sangre que corre de sus venas,
yace Petronio, el bardo decadente,
mostrando coronada la ancha frente
de rosas, terebintos y azucenas.

Mientras los magistrados le interrogan,
sus jóvenes discípulos dialogan
o recitan sus dáctilos de oro,
y al ver que aquéllos en tropel se alejan

ante el maestro ensangrentado dejan
caer las gotas de su amargo lloro.

Envueltas en sus peplos vaporosos
y tendidos los cuerpos voluptuosos
en la muelle extensión de los triclinios,
alrededor, sombrías y livianas,
agrúpanse las bellas cortesanas
que habitan del imperio en los dominios.

Desde el baño fragante en que aún respira,
el bardo pensativo las admira,
fija en la más hermosa la mirada
y le demanda, con arrullo tierno,
la postrimera copa de falerno
por sus marmóreas manos escanciada.

Apurando el licor hasta las heces,
enciende las mortales palideces
que oscurecían su viril semblante,
y volviendo los ojos inflamados
a sus fieles discípulos amados
háblales triste en el postrer instante,

hasta que heló su voz mortal gemido,
amarilleó su rostro consumido,
frío sudor humedeció su frente,
amoratáronse sus labios rojos,
densa nube empañó sus claros ojos,
el pensamiento abandonó su mente.

Y como se doblega el mustio nardo,
dobló su cuello el moribundo bardo,
libre por siempre de mortales penas,
aspirando en su lánguida postura
del agua perfumada la frescura
y el olor de la sangre de sus venas.

EL CAMINO DE DAMASCO

Lejos brilla el Jordán de azules ondas
que esmalta el Sol de lentejuelas de oro,
atravesando las tupidas frondas,
pabellón verde del bronceado toro.

Del majestuoso Líbano en la cumbre
erige su ramaje el cedro altivo,
y del día estival bajo la lumbre
desmaya en los senderos el olivo.

Piafar se escuchan árabes caballos
que, a través de la cálida arboleda,
van levantando con sus férreos callos
en la ancha ruta, opaca polvareda.

Desde el confín de las lejanas costas
sombreadas por los ásperos nopales,
enjambres purpurinos de langostas
vuelan a los ardientes arenales.

Abrense en las llanuras las cavernas
pobladas de escorpiones encarnados,
y al borde de las límpidas cisternas
embalsaman el aire los granados.

En fogoso corcel de crines blancas,
lomo robusto, refulgente casco,
belfo espumante y sudorosas ancas,
marcha por el camino de Damasco.

Saulo, elevada su bruñida lanza
que, a los destellos de la luz febea,
mientras el bruto relinchando avanza,
entre nubes de polvo centellea.

Tras las hojas de oscuros olivares
mira de la ciudad los minaretes,
y encima de los negros almenares
ondear los azulados gallardetes.

Súbito, desde lóbrego celaje
que desgarró la luz de hórrido rayo,
oye la voz de célico mensaje;
cae transido de mortal desmayo,

bajo el corcel ensangrentado rueda,
su lanza estalla con vibrar sonoro,
y a los reflejos de la luz, remeda
sierpe de fuego con escamas de oro.

SALOME

En el palacio hebreo, donde el suave
humo fragante por el sol deshecho,
sube a perderse en el calado techo
o se dilata en la anchurosa nave,

está el Tetrarca de mirada grave,
barba canosa y extenuado pecho,
sobre el trono, hierático y derecho,
como adormido por canciones de ave.

Delante de él, con veste de brocado
estrellada de ardiente pedrería,
al dulce son del bandolín sonoro,

Salomé baila, y, en la diestra alzado,
muestra siempre, radiante de alegría,
un loto blanco de pistilos de oro.

LA APARICIÓN

Nube fragante y cálida tamiza
el fulgor del palacio de granito,
ónix, pórfido y nácar. Infinito
deleite invade a Herodes. La rojiza

espada fulgurante inmoviliza
hierático el verdugo, y hondo grito
arroja Salomé frente al maldito
espectro que sus miembros paraliza.

Despójase del traje de brocado
y, quedando vestida en un momento,
de oro y perlas, zafiros y rubíes,

huye del Precursor decapitado
que esparce en el mármoleo pavimento
lluvia de sangre en gotas carmesíes.

GALATEA

En el seno radioso de su gruta,
alfombrada de anémonas marinas,
verdes algas y ramas coralinas,
Galatea, del sueño el bien disfruta.

Desde la orilla de dorada ruta
donde baten las ondas cristalinas,
salpicando de espumas diamantinas
el pico negro de la roca bruta,

Polifemo, extasiado ante el desnudo
cuerpo gentil de la dormida diosa,
olvida su fiereza, el vigor pierde,

y mientras permanece, absorto y mudo,
mirando aquella piel color de rosa,
incendia la lujuria su ojo verde.

ELENA

Luz fosfórica entreabre claras brechas
en la celeste inmensidad, y alumbra
del foso en la fatídica penumbra
cuerpos hendidos por doradas flechas;

cual humo frío de homicidas mechas
en la atmósfera densa se vislumbra
vapor disuelto que la brisa encumbra
a las torres de Ilión, escombros hechas.

Envuelta en veste de opalina gasa,
recamada de oro, desde el monte
de ruinas hacinadas en el llano,

indiferente a lo que en torno pasa,
mira Elena hacía el lívido horizonte
irguiendo un lirio en la rosada mano.

VENUS ANADYOMENA

Sentada, al pie de verdinegras moles,
sobre la espalda de un delfín cetrino

que de la aurora el rayo purpurino
jaspea de brillantes tornasoles;

envuelta en luminosos arreboles,
Venus emerge el cuerpo alabastrino
frente al húmedo borde del camino
alfombrado de róseos caracoles.

Moviendo al aire las plateadas colas,
blancas nereidas surgen de las olas
y hasta la diosa de ojos maternales

llevan, entre las manos elevadas,
níveas conchas de perlas nacaradas,
ígneas ramas de fúlgidos corales.

JUPITER Y EUROPA

En la playa fenicia, a las boreales
radiaciones del astro matutino,
surgió Europa del piélagos marino,
envuelta de la espuma en los cendales.

Júpiter, tras los ásperos breñales,
acéchala a la orilla del camino
y, elevando su cuerpo alabastrino,
intérganse entre oscuros chaparrales.

Mientras al borde de la ruta larga
alza la plebe su clamor sonoro,
mirándola surgir de la onda amarga,

desnuda va sobre su blanco toro
que, enardecido por la amante carga,
erige hacia el azul los cuernos de oro.

HERCULES Y LAS ESTINFALIDES

Rosada claridad de luz febea
baña el cielo de Arcadia. Entre gigantes
rocas negras de picos fulgurantes,
el dormido Estinfalo centellea.

Desde abrupto peñasco que azulea
Hércules, con miradas fulminantes,
el níveo casco de álamos humeantes
y la piel del león de la Nemea,

apoya el arco en el robusto pecho,
y las candentes flechas desprendidas
rápidas vuelan a las verdes frondas,

hasta que mira en su viril despecho
caer las Estinfálides heridas,
goteando sangre en las plateadas ondas.

PAX ANIMAE

No me habléis más de dichas terrenales
que no ansío gustar. Está ya muerto
mi corazón, y en su recinto abierto
sólo entrarán los cuervos sepulcrales.

Del pasado no llevo las señales,
y a veces de que existo no estoy cierto,
porque es la vida para mí un desierto
poblado de figuras espectrales.

No veo más que un astro obscurecido
por brumas de crepúsculo lluvioso,
y entre el silencio de sopor profundo,

tan sólo llega a percibir mi oído,
algo extraño y confuso y misterioso,
que me arrastra muy lejos de este mundo.

NOSTALGIAS

I

Suspiro por las regiones
donde vuelan los alciones
sobre el mar,
y el soplo helado del viento

parece, en su movimiento,
sollozar;

donde la nieve que baja
del firmamento, amortaja
el verdor
de los campos olorosos,
y de ríos caudalosos
el rumor;

donde ostenta siempre el cielo,
a través de aéreo velo,
color gris,
es más hermosa la luna
y cada estrella más que una
flor de lis.

II

Otras veces solo ansío
bogar en firme navío,
o existir
en algún país remoto,
sin pensar en el ignoto
porvenir.

Ver otro cielo, otro monte,
otra playa, otro horizonte,
otro mar,
otros pueblos, otras gentes
de maneras diferentes
de pensar.

¡Ah!, si yo un día pudiera,
con qué júbilo partiera
para Argel,
donde tiene la hermosura
el color y la frescura
de un clavel.

Después, fuera en caravana
por la llanura africana,
bajo el sol,
que con sus vivos destellos,

pone un tinte a los camellos
tornasol.

Y cuando el día expirara,
mi árabe tienda plantara
en mitad
de la llanura ardorosa,
inundada de radiosa
claridad.

Cambiando de rumbo, luego,
dejara el país del fuego
para ir
hasta el imperio florido
en que el opio da el olvido
del vivir.

Vegetara allí contento
de alto bambú corpulento
junto al pie,
o aspirando en rica estancia
la embriagadora fragancia
que da el té.

De la luna al claro brillo
iría al Río Amarillo
a esperar
la hora en que, el botón roto,
comienza la flor del loto
a brillar.

O mi vista deslumbrara
tanta maravilla rara
que el buril
de artista, ignorado y pobre
graba en sándalo, o en cobre
o en marfil.

Cuando tornara el hastío
en el espíritu mío
a reinar,
cruzando el inmenso piélago,
fuera a taitiano archipiélago
a encallar.

A aquél en que vieja historia

asegura mi memoria
que se ve
el lago en que un hada peina
los cabellos de la reina
Pomaré.

Así, errabundo viviera
sintiendo toda quimera
rauda huir
y hasta olvidando la hora
incierto y aterradora
de morir.

III

Mas no parto. Si partiera,
al instante yo quisiera
regresar.
¡Ay! ¿Cuándo querrá el destino
que yo pueda en mi camino
reposar?

TARDES DE LLUVIA

Bate la lluvia la vidriera
y las rejas de los balcones,
donde tupida enredadera
cuelga sus floridos festones.

Bajo las hojas de los álamos
que estremecen los vientos frescos,
piar se escucha entre sus tálamos
a los gorriones picarescos.

Abrillántanse los laureles,
y en la arena de los jardines,
sangran corolas de claveles,
nievan pétalos de jazmines.

Al último fulgor del día
que aún el espacio gris clarea,
abre su botón la peonía,
cierra su cáliz la ninfea.

Cual los esquifes en la rada
y reprimiendo sus arranques,
duermen los cisnes en bandada
a la margen de los estanques.

Parpadean las rojas llamas
de los faroles encendidos,
y se difunden por las ramas
acres olores de los nidos.

Lejos convoca la campana,
dando sus toques funerales,
a que levante el alma humana
las oraciones vesperales.

Todo parece que agoniza;
y que se envuelve lo creado
en un sudario de ceniza
por la llovizna adiamantado.

Yo creo oír lejanas voces,
que surgiendo de lo infinito,
inicianme en extraños goces
fuera del mundo en que me agito.

Veo pupilas que en las brumas
dirígenme tiernas miradas,
como si de mis ansias sumas
ya se encontrasen apiadadas.

Y a la muerte de estos crepúsculos,
siento, sumido en mortal calma,
vagos dolores en los músculos,
hondas tristezas en el alma.

FLORES DE ETER

A la memoria de Luis de Baviera.
Rey solitario como la aurora,
rey misterioso como la nieve,
¿en qué mundo tu espíritu mora?
¿sobre qué cimas sus alas mueve?

¿Vive con diosas en una estrella
como guerrero con sus cautivas,
o está en la tumba blanca doncella
bajo coronas de siempre vivas?...

Aún eras niño, cuando sentías,
como legado de tus mayores,
esas tempranas melancolías
de los espíritus soñadores;

y huyendo lejos de los palacios
donde veías morir tu infancia,
te remontabas a los espacios
en que esparcíase la fragancia

de los ensueños que, hora tras hora,
minando fueron tu vida breve,
rey solitario como la aurora,
rey misterioso como la nieve.

Si así tu alma gozar quería
y a otras regiones arrebatarte,
un bajel tuvo: la Fantasía
y un mar espléndido: el mar del Arte.

¡Cómo veías sobre sus ondas
temblar las luces de nuevos astros,
que te guiaban a las Golcondas
donde no hallabas del hombre rastros;

y allí sintiendo raros deleites
tu alma encontraba deliquios santos,
como en los tintes de los afeites,
las cortesanas, frescos encantos!

Por eso mi alma la tuya adora
y recordándola se conmueve,
rey solitario como la aurora,
rey misterioso como la nieve.

Colas abiertas de pavos reales,
róseos flamencos en la arboleda,
fríos crepúsculos matinales,
áureos dragones en roja seda,

verdes luciérnagas en las lilas,
plumas de cisnes alabastrinos,
sonidos vagos de las esquilas,
sobre hombros blancos encajes finos,

vapor de lago dormido en calma,
mirtos fragantes, nupciales tules,
nada más bello fue que tu alma
hecha de vagas nieblas azules,

y que a la mía sólo enamora
de las del siglo décimo nueve,
rey solitario como la aurora,
rey misterioso como la nieve.

Aunque sentiste sobre tu cuna
caer los dones de la existencia,
tú no gozaste de dicha alguna
más que en los brazos de la Demencia.

Halo llevabas de poesía,
y más que el brillo de tu corona,
a los extraños les atraía
lo misterioso de tu persona,

que apasionaba nobles mancebos,
porque ostentabas en formas bellas
la gallardía de los efebos
con el recato de las doncellas.

Tedio profundo de la existencia,
sed de lo extraño que nos tortura,
de viejas razas mortal herencia,
de realidades afrenta impura,

visión sangrienta de la neurosis,
delicuescencia de las pasiones,
entre fulgores de apoteosis
tu alma llevaron a otras regiones,

donde gloriosa ciérnese ahora
y eterna dicha sobre ella llueve,
rey solitario como la aurora,
rey misterioso como la nieve..

NIHILISMO

Voz inefable que a mi estancia llega
en medió de las sombras de la noche,
por arrastrarme hacia la vida brega
con las dulces cadencias del reproche.

Yo la escucho vibrar en mis oídos
como al pie de olorosa enredadera,
los gorjeos que salen de los nidos,
indiferente escucha herida fiera.

¿A qué llamarme al campo de combate
con la promesa de terrenos bienes,
si ya mi corazón por nada late,
ni oigo la idea martillar mis sienes?

Reservad los laureles de la fama
para aquéllos que fueron mis hermanos;
yo, cual fruto caído de la rama,
aguardo los famélicos gusanos.

Nadie extrañe mis ásperas querellas;
mi vida, atormentada de rigores,
es un cielo que nunca tuvo estrellas,
es un árbol que nunca tuvo flores.

De todo lo que he amado en este mundo
guardo como perenne recompensa,
dentro del corazón, tedio profundo,
dentro del pensamiento, sombra densa.

Amor, patria, familia, gloria, rango,
sueños de calurosa fantasía,
cual nelumbios abiertos entre el fango
sólo vivisteis en mi alma un día.

Hacia país desconocido abordo
por el embozo del desdén cubierto;
para todo gemido estoy ya sordo,
para toda sonrisa estoy ya muerto.

Siempre el destino mi labor humilla,
o en males deja mi ambición trocada;

donde arroja mi mano una semilla,
brota luego una flor emponzoñada.

Ni en retornar la vista hacia el pasado
goce encuentra mi espíritu abatido;
yo no quiero gozar como he gozado,
yo no quiero sufrir como he sufrido.

Nada, del porvenir a mi alma asombra,
y nada del presente juzgo bueno;
si miro, al horizonte, todo es sombra,
si me inclino a la tierra, todo es cieno.

Y nunca alcanzaré en mi desventura
lo que un día mi alma ansiosa quiso;
después de atravesar la selva oscura,
Beatriz no ha de mostrarme el Paraíso.

Ansias de aniquilarme sólo siento,
o de vivir en mi eternal pobreza
con mi fiel compañero, el descontento,
y mi pálida novia, la tristeza.

RONDELES

I

De mi vida misteriosa,
tétrica y desencantada,
oirás contar una cosa
que te deje el alma helada.

Tu faz de color de rosa
se quedará demacrada,
al oír la extraña cosa
que te deje el alma helada.

Mas sé para mi piadosa,
si de mi vida ignorada,
cuando yo duerma en la fosa,
oyes contar una cosa
que te deje el alma helada.

II

Quizás sepas algún día
el secreto de mis males,
de mi honda melancolía
y de mis tedios mortales.

Las lágrimas, a raudales,
marchitarán tu alegría,
si a saber llegas un día
el secreto de mis males.

III

Quisiera de mí alejarte,
porque me causa la muerte
con la tristeza de amarte
el dolor de comprenderte.

Mientras pueda contemplarte
me ha de deparar la suerte
con la tristeza de amarte
el dolor de comprenderte.

Y sólo ansío olvidarte,
nunca oírte y nunca verte,
porque me causa la muerte
con la tristeza de amarte
el dolor de comprenderte.

LA COLERA DEL INFANTE

Frente al balcón de la vidriera roja
que incendia el sol de vivos resplandores,
mientras la brisa de la tarde arroja,
pistilos de clemátides fragantes
que agonizan en copas opalinas,
y esparcen sus aromas enervantes
de la regia mansión de las cortinas,
está el Infante, en su sitial de seda,
con veste azul, flordelisada de oro,
mirando divagar, por la alameda,
niños que juegan en alegre coro.

Como un reflejo por oscura brasa
que se extingue en dorado pebetero,
por sus pupilas nebulosas pasa
la sombra de un capricho pasajero
que, encendiendo de sangre sus mejillas,
más pálida que pétalos de lirios,
hace que sus nerviosas manecillas
muevan los dedos, largos como cirios,
encima de sus débiles rodillas.

¡Ah!, quién pudiera, en su interior exclama,
abandonar los muros del castillo,
correr del campo entre la verde grama
como corre ligero cervatillo,
sumergirse en la fresca catarata
que baja del palacio a los jardines,
cual alfombra lumínica de plata
salpicada de nítidos jazmines,
perseguir, con los ágiles lebreles,
del jabalí las fugitivas huellas
por los bosques frondosos de laureles,
trovas de amor cantar a las doncellas,
mezclarse a la algazara de los rubios
niños que, del poniente a los reflejos
aspirando del campo los efluvios,
veo siempre jugar, allá a lo lejos,
y a cambio del collar de pedrería
que ciñe a mi garganta sus cadenas,
sentir dentro de mi alma la alegría
y ondas de sangre en las azules venas.

Habla, y en el asiento se incorpora,
como se alza un botón sobre su tallo,
mas, rendido de fiebre abrasadora,
cae implorando auxilio de un vasallo;
y para disipar los pensamientos
que como enjambre súbito de avispas,
ensombrecen sus lánguidos momentos,
con sus huesudos dedos macilentos
las perlas del collar deshace en chispas.

LAS ALAMEDAS

Adoro las sombrías alamedas
donde el viento, al silbar entre las hojas
oscuras de las verdes arboledas,
imita de un anciano las congojas.

Donde todo reviste vago aspecto
y siente el alma que el silencio encanta,
más suave el canto del nocturno insecto,
más leve el ruido de la humana planta.

Donde, al caer de erguidos surtidores,
las sierpes de agua en las marmóreas tazas,
ahogan con su canto los rumores
que aspira el viento en las ruidosas plazas.

Donde todo se encuentra adolorido
o halla la savia de la vida acerba,
desde el gorrión que pía entre su nido
hasta la brizna lánguida de hierba.

Donde, al fulgor de pálidos luceros,
la sombra transparente del follaje,
parece dibujar en los senderos
negras mantillas de sedoso encaje.

Donde cuelgan las lluvias estivales
de curva rama diamantino arco,
teje la luz deslumbradores chales
y fulgura una estrella en cada charco.

Van allí, con sus tristes corazones,
pálidos seres de sonrisa mustia,
huérfanos para siempre de ilusiones,
y desposados con la eterna angustia.

Allí, bajo la luz de las estrellas,
errar se mira al soñador sombrío,
que en su faz lleva las candentes huellas
de la fiebre, el insomnio y el hastío.

Allí, en un banco, humilde sacerdote
devora sus pesares solitarios,
como el marino que en desierto islote,
echaron de la mar vientos contrarios.

Allí el mendigo, con la alforja al hombro,
doblado el cuello y las miradas bajas,
retratado en sus ojos el asombro,
rumia de los festines las migajas.

Allí, una hermosa, con cendal de luto,
aprisionado por brillante joya,
de amor aguarda el férvido tributo,
como una dama típica de Goya.

Allí, del gas a las cobrizas llamas,
no se descubren del placer los rastros,
y a través del calado de las ramas
más dulce es la mirada de los astros.

DIA DE FIESTA

Un cielo gris. Morados estandartes
con escudos de oro; vibraciones
de altas campanas; báquicas canciones;
palmas verdes ondeando en todas partes;

banderas tremolando en los baluartes;
figura! femeninas en balcones;
estampido cercano de cañones;
gentes que lucran por diversas artes.

Mas ¡ay! mientras la turba se divierte
y se agita en ruidoso movimiento,
como una mar de embravecidas olas,
circula por mi ser frío de muerte,
y en lo interior del alma sólo siento
ansia infinita de llorar a solas.

PAGINAS DE VIDA

En la popa desierta del viejo barco,
cubierto por un toldo de frías brumas,
mirando cada mástil doblarse en arco,
oyendo los fragores de las espumas;

mientras daba la nave, tumbo tras tumbo,
encima de las ondas alborotadas,
cual si ansiosa estuviera de emprender rumbo
hacia remotas aguas nunca surcadas;

sintiendo ya el delirio de los alcohólicos,
en que ahogaba su llanto de despedida,
narrábame, en los tonos más melancólicos,
las páginas secretas de nuestra vida.

Yo soy como esas plantas que ignota mano
siembra un día en el surco por donde marcha,
ya para que la anime luz de verano,
ya para que la hiele frío de escarcha.

Llevado por el soplo del torbellino,
que cada día a extraño suelo me arroja,
entre las rudas zarzas de mi camino,
si no dejo un capullo, dejo una hoja.

Mas como nada espero lograr del hombre,
y en la bondad divina mi ser confía,
aunque llevo en el alma penas sin nombre,
no siento la nostalgia de la alegría.

¡Ignea columna sigue mi paso cierto!
¡Salvadora creencia mi ánimo salva!
¡Yo sé que tras las olas me aguarda el puerto!
¡Yo sé que tras la noche surgirá el alba!

Tú, en cambio, que doliente mi voz escuchas,
sólo el hastío llevas dentro del alma;
juzgándote vencido, por nada luchas,
y de ti se desprende siniestra calma.

Tienes en tu conciencia sinuosidades
donde se extraviaría mi pensamiento,
como al surcar del éter las soledades
el águila en las nubes del firmamento.

Sé que ves en el mundo cosas pequeñas,
y que por algo grande siempre suspiras;
mas no hay nada tan bello como lo sueñas,
ni es la vida tan triste como la miras.

Si hubiéramos más tiempo juntos vivido,
no nos fuera la ausencia tan dolorosa.
¡Tú cultivas tus males, yo el mío olvido!
¡Tú lo ves todo en negro, yo todo en rosa!

Quisiera estar contigo largos instantes,
pero a tu ardiente súplica ceder no puedo.
¡Hasta tus verdes ojos relampagueantes,
si me inspiran cariño, me infunden miedo!

Genio errante, vagando de clima en clima
sigue el rastro fulgente de un espejismo,
con el ansia de alzarse siempre a la cima,
mas también con el vértigo que da el abismo.

Cada vez que en él pienso la calma pierdo,
palidecen los tintes de mi semblante,
y en mi alma se arraiga su fiel recuerdo,
como en fosa sombría cardo punzante.

Doblegado en la tierra, luego de hinojos,
miro cuanto a mi lado gozoso existe;
y pregunto, con lágrimas en los ojos,
¿por qué has hecho ¡oh, Dios mío! mi alma tan triste?

VIRGEN TRISTE

Tú sueñas con las flores de otras praderas,
nacidas bajo cielos desconocidos,
al soplo fecundante de primavera,
que avivando las llamas de tus sentidos,
engendren en tu alma nuevas quimeras.

Hastada de los goces que el mundo brinda
perenne desencanto tus frases hiela,
ante ti no hay coraje que no se rinda,
y siendo aún inocente como Graciela,
pareces tan nefasta como, Florinda.

Nada de la existencia tu ánimo encanta;
quien te habla de placeres tus nervios crispa;
y terrores secretos en ti levanta,
como si te acosase tenaz avispa
o brotaran serpientes bajo tu planta.

No hay nadie que contemple tu gracia excelsa
que eternizar debiera la voz de un bardo,
sin que sienta en su alma de amor el dardo,
cual lo sintió Lohengrin delante de Elsa,
y a mirar a Eloísa, Pedro Abelardo.

Al roce imperceptible de tus sandalias,
polvo místico dejas en leves huellas,
y entre las adoradas sola descuellas;
pues sin tener fragancia como las dalias,
tienes más resplandores que las estrellas.

Viéndote en la baranda de tus balcones,
de la luna de nácar a los reflejos,
imitas una de esas castas visiones,
que teniendo nostalgia de otras regiones,
ansían de la tierra volar muy lejos.

Y es que al probar un día del vino amargo
de la vida de los sueños, tu alma de artista,
huyendo de su siglo materialista,
persigue entre las sombras de hondo letargo
ideales que surgen ante su vista.

¡Ah! Yo siempre te adoro como un hermano,
no sólo porque todo lo juzgas vano
y la expresión celeste de tu belleza,
sino porque en ti veo ya la tristeza
de los seres que deben morir temprano.

FIN